



Elena Glínskaya

¿la madre de un monstruo?

Anastassia Espinel Souares

Entre todas las grandes mujeres de la historia rusa, la figura de Elena Glínskaya (1508-1538), la madre del famoso Iván IV, *el Terrible*,¹ sigue siendo una de las más fascinantes, enigmáticas y poco investigadas. Irrumpió en la historia en el año 1526, cuando se casó con el gran príncipe de Moscú Vasili III; en 1530 le regaló el tan anhelado heredero; tres años después enviudó y, al convertirse en la regenta del pequeño príncipe Iván, gobernó Rusia prácticamente sola, hasta su repentina muerte en 1538.

Tanto su vida como su muerte han originado numerosos mitos y controversias. Los datos históricos sobre aquella extraordinaria mujer son bastante escasos, y los epítetos que le han otorgado los cronistas e historiadores tan contradictorios, que la reconstrucción de su retrato psicológico resulta sumamente difícil. Sus enemigos, entre los cuales figura el príncipe Andrés Kurbski, brillante político y propagandista ruso, en uno de sus panfletos dirigidos contra el despotismo y crueldad de *Iván el Terrible*, caracterizó

a la difunta madre del soberano como una mujer “promiscua, lasciva, entrometida e inmoral que tuvo la desgracia de traer al mundo a un engendro aún peor que ella misma y la dicha de no poder ver con sus propios ojos todas las atrocidades cometidas por su perverso retoño”.² Para otros, por el contrario, era “una dama de espíritu noble y desinteresado, preocupada únicamente por el bienestar de su país y de su hijo”.³

¿Cómo era la verdadera Elena Glínskaya? Basándonos en los viejos archivos del Kremlin y en los descubrimientos recientes, trataremos de restaurar el cuadro íntegro que nos permita ver a aquella gran mujer en todo su esplendor y, al mismo tiempo, con todos sus defectos y debilidades.

La hija de muchas sangres

El linaje de los príncipes Glinski descendía del kan Mamai, soberano de la Horda de Oro, derrotado por los rusos en la batalla de Kulikovo en 1380 y asesinado poco después por sus propios generales. Para salvarse de las represiones, los familiares del desdichado kan pidieron asilo en Lituania. Uno de ellos recibió de sus bienhechores lituanos el título de príncipe y la ciudad de Glinsk en el territorio de actual Bielorrusia. Con el paso de tiempo, la sangre tártara de los príncipes Glinski se mezcló con la lituana, polaca y rusa.

En 1508, el mismo año del nacimiento de Elena, la familia de los Glinski entró en conflicto con Segismundo I, rey de Polonia, por lo que se vieron obligados a pedir asilo a Vasili III, el gran príncipe de Moscú. Una vez instalados en su nuevo hogar, los Glinski comenzaron a desempeñar un importante papel en la alta sociedad rusa, para gran disgusto de las antiguas familias boyardas, esa nobleza tradicional que no quería aceptar en su círculo a la gente nueva.

Mientras tanto, la pequeña Elena crecía en una de las fincas de su familia cerca de Moscú y ya en aquel entonces sobresalía por su notable inteligencia y curiosidad. Mientras la mayoría de mujeres rusas de clase alta vivían encerradas en el *térem*, especie de gineceo situado en la torre más alta de la casa tradicional rusa, en el hogar de los Glinski predominaba el estilo de vida de la nobleza polaco-lituana, de costumbres mucho más liberales. Las mujeres participaban en las reuniones sociales, bailes, paseos a caballo, cacerías y otras diversiones donde se mezclaban libremente con los hombres, mientras que las niñas recibían la misma

educación que sus hermanos. Elena no era la excepción. Además del ruso y lituano, sus lenguas maternas, dominaba a la perfección el polaco y el alemán, leía y escribía en latín, mostraba un gran interés por la historia —sobre todo por las biografías de Cleopatra, Teodora y otras grandes soberanas del pasado— y era una excelente ajedrecista.

Cuando apareció por primera vez en la corte del Kremlin, todos quedaron asombrados por la gracia y el encanto de aquella jovencita tan distinta de la mayoría de las damas moscovitas. Según el testimonio de un contemporáneo, Elena sobresalía no sólo por su belleza (“alta, majestuosa, de piel de alabastro, de larga cabellera color cobre rojizo que nunca ocultaba bajo un velo y de ojos como lagos azules que no bajaba ante ningún hombre”), sino también por “su agradable manera de conversar, la elegancia de sus gestos y su porte de reina”.⁴ Todos admiraban la belleza de la joven Elena, pero nadie podía imaginar que la mano del destino no tardaría en conducirla al Olimpo del poder.

La elegida

Vasili III, el futuro esposo de Elena, pasó a la historia bajo el apodo poco halagador de “tirano silencioso”. Hombre taciturno, receloso y sumamente vengativo, solía actuar con una crueldad poco común incluso para su época. La menor sospecha o una sola palabra imprudente bastaban para que cualquiera de los representantes de la más alta nobleza moscovita perdiera todos sus bienes, su libertad o incluso la misma vida. “Tan sólo Dios y el soberano saben con certeza lo que nos depara el futuro”, afirmaba uno de los contemporáneos del “tirano silencioso”.⁵

Incluso los miembros de su propia familia no eran para Vasili III más que unos súbditos potencialmente peligrosos en su lucha por el trono. Los hermanos menores del soberano, los príncipes Andrés y Yuri, aguantaban estoicamente todos los insultos y humillaciones, pero en el fondo guardaban la esperanza de que tarde o temprano llegaría su hora estelar. El matrimonio de Vasili III con Salomonia Sabúrova, perteneciente a una antigua y poderosa familia boyarda, resultó estéril. La falta de herederos entristecía al soberano, pero favorecía a sus familiares, ya que en caso de la muerte de Vasili III el trono pasaría a uno de sus hermanos.

Pero el gran príncipe de Moscú frustró las esperanzas de sus ambiciosos parientes. En 1525, a la edad

de 46 años, Vasili III repudió a la estéril Salomonia y la obligó a vestir hábitos en el convento de Kargopol, una pequeña ciudad lejos de la capital, y en menos de un año el soberano celebró su boda con la joven Elena Glínskaya. Aquel matrimonio provocó toda una tormenta de indignación entre las mejores familias moscovitas, a una de las cuales pertenecía la desdichada Salomonia, y de la sociedad rusa en general. El diplomático austriaco S. Herbstein, quien había pasado muchos años en la corte moscovita, describía las costumbres maritales de los rusos de la siguiente manera:

Si alguien repudia por alguna razón a su esposa y vuelve a contraer nupcias, este segundo matrimonio, aunque se tolera ante los ojos de los demás, no se considera plenamente legal, pues siendo un pueblo muy devoto, los moscovitas consideran que la bigamia contradice todos los principios de la fe cristiana.⁶

En la milenaria historia del absolutismo ruso, este era el primer caso en que un monarca se casaba en segundas nupcias estando todavía viva su primera esposa. Por lo tanto, no resulta extraño que todo el mundo pareciera estar de lado de la repudiada Salomonia. La opinión pública tildaba a Vasili III de “polígamo, sarraceno y pecador”; la mayor parte del clero se negó a bendecir la nueva unión y tan sólo la enérgica intervención del metropolitano Daniel, amigo y partidario fiel de Vasili III, impidió que estallara un conflicto abierto entre el Estado y la Iglesia. Pero el gran príncipe no hizo caso a nadie y, desafiando a todo el mundo, celebró una boda pomposa. ¿Qué lo impulsó a emprender semejante paso? No cabe duda de que Vasili estaba profundamente enamorado de Elena, casi treinta años más joven que él, pero también resulta evidente que aquel apasionado amor no era la única causa de esta unión. Con su nuevo matrimonio, el gran príncipe de Moscú pensaba neutralizar a sus hermanos, tener un heredero e incluso, debido a la sangre polaco-lituana de los Glinski, un posible pretendiente al trono de Polonia y Lituania.

Entre la nobleza rusa del siglo XVI el amor conyugal era considerado un sentimiento demasiado íntimo como para mostrarlo públicamente, pero Vasili III, profundamente enamorado de su joven esposa, desafiaba abiertamente todas las normas de la decencia. Insistía en que su nueva esposa, en vez de



Vasili III presenta a Elena en la corte

permanecer recluida en su *térem*, lo acompañara en todas las ceremonias oficiales, viajes a las provincias, peregrinajes religiosos e incluso en las sesiones de la *Duma* boyarda,⁷ donde hasta el momento no se admitía la presencia de mujeres.

A pesar de su juventud, Elena no tardó en demostrar que no carecía de intuición política y habilidades administrativas. Vasili III ni siquiera trataba de disimular que la opinión de su amada esposa le importaba más que la de todos sus consejeros. Pronto se formó un círculo de amigos y partidarios alrededor de la nueva soberana, tan jóvenes como ella misma, entre los cuales sobresalía Iván Ovchina-Obolenski, el joven oficial de caballería. Rodeado de todos esos jóvenes brillantes e ingeniosos, el mismo Vasili III se veía notablemente rejuvenecido; sus famosos ataques de cólera ya no lo dominaban con la misma frecuencia y las caricias de Elena eran el mejor remedio para aplacar la ira. La dicha del soberano parecía no tener límites cuando su joven esposa le regaló el tan anhelado heredero, el príncipe Iván, nacido el 25 de agosto de 1530.

La soberana

Vasili III murió el 3 de diciembre de 1533, a causa de una septicemia. En su lecho de muerte, proclamó a su hijo Iván, de tan sólo tres años, como su heredero legítimo, pero no nombró ningún regente oficial. Los hermanos del difunto, los príncipes Andrés y Yuri, intentaron aprovecharse de aquella incertidumbre y tomar las riendas del gobierno en sus manos, pero Elena frustró los ambiciosos planes de sus cuñados.

Con tan sólo veinticinco años de edad, la viuda del gran príncipe ya poseía suficiente experiencia política

como para entender que si quería sobrevivir y proteger el futuro de su hijo, tenía que asestar el primer golpe antes de que lo hicieran sus enemigos. Por suerte, Elena no carecía de partidarios y amigos, entre ellos, el fiel Ovchina-Obolenski. Aquel gigante jovial y apuesto gozaba de plena confianza del difunto Vasili III y, como decían la malas lenguas, también de los favores de Elena, aun en vida del gran príncipe. Andrés y Yuri incluso se atrevían a afirmar que el pequeño Iván era fruto de aquellos amores ilícitos, por lo que no tenía ningún derecho a ocupar el trono.

Algunos historiadores, por ejemplo, V.O. Kliuchevski, caracterizan a Ovchina-Obolenski como “un verdadero autócrata”,⁸ pero, en realidad, el favorito de la gran princesa, valiente guerrero y exitoso estratega, no era hábil en los juegos políticos. Gozaba de una autoridad sin límites en el ejército, por lo que pudo meter en un puño de hierro a toda la corte y cerrar la boca a cualquiera que se atreviera a criticar a su amada Elena. Sin embargo, no emprendía ni un paso sin consultarlo previamente con su enamorada y solía obedecerla en todo. A su vez, Elena, aunque indiscutiblemente enamorada de su valiente guerrero, no era una mujer capaz de perder la cabeza a causa del amor. Sus prioridades eran el poder y el futuro de su hijo, por lo que prefería tomar sus propias decisiones y acudía a la ayuda del favorito tan sólo en casos en que no se podía prescindir de la fuerza bruta. Convenció a Ovchina-Obolenski de matar al príncipe Yuri, hermano de Vasili III y su rival más peligroso en la lucha por el poder. El otro cuñado de Elena, el príncipe Andrés, intentó huir de Moscú, pero fue detenido y encerrado en la cárcel, donde murió poco después. Los partidarios de los príncipes asesinados fueron desterrados de la capital.

Sin embargo, Elena no era ninguna sanguinaria sin sentido; las personas que la conocían de cerca afirmaban que “poseía un agudo sentido de justicia y una sorprendente intuición que le permitía distinguir la verdad de la calumnia y un peligro verdadero de la simple sospecha”.⁹ Liberó a muchas personas inocentes que habían sido injustamente encarceladas por Vasili III, con lo que se ganó nuevos amigos y partidarios.

Bajo el mandato de Elena Glínskaya fueron realizadas importantes obras de fortificación e ingeniería civil. Por orden personal de la soberana, el centro de Moscú fue rodeado por un sólido muro de ladrillo,

el famoso Kitai-Gorod. El servicio postal, establecido por Vasili III a nivel nacional, fue considerablemente perfeccionado, al igual que el sistema fiscal. Mientras Vasili III se limitó con algunas medidas superficiales, quitándoles privilegios a algunas familias boyardas y conservándolos para otras, su viuda se mostró más coherente, aboliendo muchos de los privilegios tradicionales a nivel nacional e introduciendo normas fijas de impuesto para todas las categorías de población, considerando que “el bien del Estado debe estar por encima de todo”.¹⁰

Sin embargo, el logro más importante del gobierno de Elena Glínskaya fue, sin lugar a dudas, su célebre reforma monetaria. Anteriormente, cada ciudad rusa más o menos grande acuñaba su propia moneda. Como resultado, Rusia era un verdadero paraíso para los falsificadores de monedas: la gran variedad de dinero y su mala calidad (los hallazgos arqueológicos confirman que las antiguas monedas rusas eran tan delgadas que se cortaban y refundían sin mayor dificultad) permitían realizar falsificaciones a una escala descomunal. Durante el reinado de Vasili III, numerosos malhechores fueron ejecutados públicamente en la Plaza Roja, pero el número de monedas falsas en circulación seguía creciendo. Elena puso fin a aquel caos, al retirar de circulación todas las monedas locales e introducir una sola unidad monetaria para todo el país, acuñada exclusivamente en la Casa de la Moneda de Moscú, el famoso *kopek*. Se trataba de una pequeña moneda de plata con la nítida imagen de San Jorge, patrón de Moscú, armado de una lanza (en ruso, *kopie*, lo que explica el nombre de nuevo dinero ruso). Cien *kopek* equivalían a un *rublo*; El sistema monetario introducido por Elena Glínskaya se conserva en Rusia hasta ahora.

A pesar de todas sus actividades y obligaciones, Elena no dejaba de ser una madre solícita y amorosa. El pequeño Iván adoraba a su progenitora, al igual que a su padrastro Ovchina-Obolenski, la única figura paterna que conocía. Entre los tres, causaban la impresión de una familia feliz y nada parecía presagiar una nueva tragedia.

En vez del epílogo

Elena Glínskaya murió el día 3 de abril de 1538, sin haber llegado a los 30 años. La repentina muerte de la soberana, una mujer joven y aparentemente

sana, conmovió a toda Rusia. Con toda seguridad, se trató de un envenenamiento. El príncipe Iván, de ocho años, presidió el cortejo fúnebre de su madre. Concluida la triste ceremonia, el pequeño lloró desesperadamente entre los brazos de su padrastro, el único ser querido que le quedaba y que le sería arrebatado aquel mismo año. Poco después del entierro de Elena, su amado Ovchina-Obolenski fue encerrado en la cárcel, donde falleció a causa de hambre y maltrato. El país entero quedó sumido en el caos del “gobierno boyardo”, una riña interminable entre numerosos clanes aristocráticos, mientras el príncipe Iván crecía olvidado por todo el mundo.

Demasiado ocupados con sus propias intrigas, los boyardos se acordaban del pequeño huérfano sólo en días de fiestas oficiales; entonces, el niño fue bañado y vestido con suntuosos ropajes de brocado y pieles finas, únicamente para presenciar las ceremonias de la corte. El resto del tiempo lo menospreciaban y humillaban, privándolo de ropa decente (lo que podía resultar fatal en los crudos inviernos rusos) e incluso de comida. Al parecer, simplemente esperaban que el muchacho, descuidado y maltratado, no viviría mucho, pero el hijo de Elena Glínskaya sobrevivió para convertirse posteriormente en uno de los personajes más brillantes y más sanguinarios de la historia rusa.

* * *

En la última década del siglo XX un equipo de arqueólogos adscrito al Museo Histórico del Kremlin realizó la apertura del sepulcro de Elena Glínskaya y la exhumación de sus restos. Gracias a los esfuerzos de los antropólogos forenses que llevaron a cabo el largo y escrupuloso proceso de restauración facial, de la oscuridad de los siglos emergió el rostro de una mujer joven, de facciones delicadas y armoniosas, mientras los restos de su fabulosa cabellera no sólo revelaron su insólito color cobre rojizo, sino también la causa de su muerte. El contenido de mercurio en el cabello de Elena Glínskaya superaba la norma en más de 1000 veces, prueba indiscutible de que la madre de *Iván el Terrible* fue envenenada.

Resulta difícil imaginar qué tan distinta habría sido la historia rusa si Elena Glínskaya hubiera podido permanecer en el trono hasta la mayoría de edad de su hijo, pero, con toda seguridad, si el joven Iván IV hubiese tenido la posibilidad de crecer bajo la

sabia tutela de su madre y no en medio del caótico “gobierno boyardo”, habría tenido la oportunidad de convertirse en un gobernante realmente prodigioso y no en aquel monstruo que la historia recuerda con el siniestro apodo de *Iván el Terrible*. ■

Anastassia Espinel Soares (Rusia)

Egresada de la Universidad de la Amistad de los Pueblos de Rusia. Ph.D. en ciencias históricas. Desde 1998 reside en Bucaramanga donde se desempeña como docente de la Universidad Industrial de Santander (UIS) y de la Universidad de Santander (UDES). Ha publicado varios artículos sobre los temas históricos en diferentes revistas internacionales como: *América Latina* del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de Rusia, *Problemas filosóficos* (Moscú, Rusia) *Revista de la Universidad de Antioquia*. Autora de los libros: *Sol de Libia* (2002), *Masinisa león del Atlas* (2003), *El hombre de las flores* (2005), *Catalina II, la gran leyenda de Rusia* (2005), *Auca sin nombre* (segunda edición 2006), *Cuentos de los vencidos* (2007), *Héroes y leyendas de la Antigua Rusia* (2008), *El Mundo Antiguo: misterios, enigmas, hipótesis* (2009).

Notas

1 Iván IV, *el Terrible* (1530-1584). Uno de los personajes más distinguidos y contradictorios de la historia rusa. Soberano de Rusia entre 1547 y 1584 es considerado el creador del Estado nacional ruso. Aplicó varias reformas, base del derecho de la Rusia zarista, que garantizaron el orden, la centralización del Estado y la creación del ejército permanente. Conquistó los kanatos tártaros de Kazán y Astracán, inició la guerra de Livonia, cuyo objetivo principal era ganar una salida al mar Báltico, y promovió la anexión de Siberia. Bajo su mandato, Rusia se transformó en uno de los Estados más poderosos e influyentes de Europa, pero, al mismo tiempo, por su excesiva crueldad, recelo y ataques de ira incontrolable fue apodado *El Terrible*.

2 *La correspondencia entre Iván IV el Terrible y el príncipe Andrés Kurbski. Serie Obras Memorables de la Antigua Rusia*. Moscú: Instoricheskaya Literatura, 1985, p. 54.

3 Vasili Osipovich Kliuchevski. *Conferencias sobre la historia rusa, dictadas en los Cursos Superiores Femeninos en 1872-1875*. Moscú: Progreso, 1997, p. 365. (en ruso)

4 Voldemar Nikoláyevich Baliazin. *Las soberanas de Rusia*. Moscú: Astrel, 2002, p. 115.

5 *Ibid.*, p. 121.

6 Segismundo Herstein. *El viaje a Moscú*. San Petersburgo: Azbuka, 2006, p. 87 (en ruso).

7 En Rusia antes del siglo XVIII, especie de asamblea aristocrática, formada por los principales consejeros del soberano.

8 Kliuchevski. *Op. Cit.*, p. 358.

9 Baliazin. *Op. Cit.*, p. 122.

10 *Ibid.*, p. 125.